

# El **conflicto** de las **facultades**

Sobre la universidad y el sentido de las humanidades

Miguel Giusti (Ed.)

## Capítulo 18

ANTHROPOS



FONDO  
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

EL CONFLICTO de las facultades : Sobre la universidad y el sentido de las humanidades / Miguel Giusti, editor. — Barcelona : Anthropos Editorial ; Lima (Perú) : Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2019 430 p. ; 24 cm. (Autores, Textos y Temas. Filosofía ; 108)

Bibliografías

ISBN PUCP: 978-612-317-461-3

ISBN Anthropos: 978-84-17556-15-0

1. Filosofía y teoría de la educación : Finalidad moral y social de la educación  
2. Filosofía social y política 3. Humanidades 4. Enseñanza superior: Universidad  
I. Giusti, Miguel, ed. II. Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial (Lima)  
III. Colección

Primera edición: marzo de 2019

© Miguel Giusti y otros, 2019

© Anthropos Editorial. Nariño, S.L., 2019

Edita: Anthropos Editorial. Barcelona

[www.anthropos-editorial.com](http://www.anthropos-editorial.com)

En coedición con la Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial

Avenida Universitaria 1801, San Miguel, Lima

ISBN (Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial): 978-612-317-461-3

ISBN (Anthropos Editorial): 978-84-17556-15-0

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2019-03734

Registro del Proyecto Editorial: 31501361900285

Diseño de cubierta: Javier Delgado Serrano

Imagen de portada: Jorge Eduardo Eielson, *Rotor VI*, 1977

Diseño, realización y coordinación: Anthropos Editorial

(Nariño, S.L.), Barcelona. Tel.: (+34) 936 972 296

Tiraje: 500 ejemplares

Primera edición: marzo de 2019

Impreso en Aleph Impresiones S.R.L.

Jr. Risco 580, Lince. Lima - Perú

Impreso en Perú - *Printed in Peru*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de los editores.

## ¿SE TRATA DE UN CONFLICTO CON LAS HUMANIDADES O DE UN CONFLICTO CON LAS FORMAS DE ENSEÑAR DE LOS PROFESORES UNIVERSITARIOS?

*Eduardo Ísmodes*  
*Pontificia Universidad Católica del Perú*

Nací entre libros. Mi padre, dedicado la mayor parte de su vida a la sociología, fue formado inicialmente en la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP), donde estudió filosofía, derecho y educación. Él poseía una poblada biblioteca que llegó a tener alrededor de quince mil libros. Mi madre, pedagoga y socióloga, compartía con él la pasión por la lectura y la enseñanza.

Por esta razón, a pesar de ser ingeniero mecánico de profesión, es para mí evidente que las humanidades son fundamentales en la formación de todo individuo que quiera darle sentido a su vida y que pretenda liderar o dirigir a otras personas.

En particular, cuando se trata de los estudios terciarios —con arrogancia llamados también, estudios superiores—, la formación en humanidades es imprescindible, puesto que, de manera inevitable, los licenciados y graduados de los diversos estudios propios de la educación terciaria realizarán actividades en las que tendrán personas bajo su influencia. Y estas personas sufrirán o se beneficiarán de las decisiones que tomen los licenciados y graduados. Mundo terrible aquel que acabe siendo dirigido por hombres unidimensionales.

Y no se trata tan solo de darle sentido a la vida para el trabajo. Los estudios en humanidades también pueden ser fuente de goce y disfrute para los estudiantes, ya que a través de lecturas y discusiones se puede revivir y recrear ideas de antiguos y grandes pensadores. Se puede repasar la historia y entender el mundo actual, se puede comprender la forma de pensar de las personas y de las sociedades, se puede apreciar la importancia del ambiente, de su evolución y de su cuidado. Se puede vivir distintas vidas y, a través de las lecturas, ser héroe, villano, víctima o victimario.

Ciertamente, la formación en humanidades, con todas sus ventajas, no es suficiente antídoto para evitar que una persona de mala entraña o desquiciada de mente, a pesar de haber sido ilustrada y formada en las humanidades, cometa barbaridades y cause el sufrimiento de otros seres vivos. La historia abunda en ejemplos.

Al invitárseme a exponer algunas ideas sobre *El conflicto de las facultades* y luego de revisar las ideas propuestas por Kant, me quedó la imagen de que lo que se propone es delimitar las funciones de cada una de las cuatro facultades clásicas. Se trata también de reivindicar el papel de la facultad de humanidades o de filosofía como un espacio abierto para pensar, discutir y criticar sin ataduras. Un ambiente que contrasta con el de las otras tres facultades, las cuales eran una suerte de «facultades tecnológicas de la época» que debían formar a los estudiantes de acuerdo con principios y reglas indiscutibles e inamovibles. En la facultad de teología se formaba a los especialistas en los temas divinos; en la de derecho, en los temas propios de la vida

social; y en la de medicina, en los propios de la vida y de la salud del individuo. En cada una de estas tres facultades «superiores», los temas a enseñar eran inmutables, mientras que, en la supuestamente facultad «inferior», era propio de su razón de ser el discutir, criticar y recomponer de manera permanente las ideas. Queda claro el mensaje de que la facultad de humanidades es parte esencial de la universidad.

La situación en las universidades es muy distinta en estos días. Las universidades, de variadas formas, han ido evolucionando notablemente en los últimos doscientos años. A fines del siglo XVIII, el modelo de universidad que describe Kant y en el que intenta destacar el valor de la facultad de filosofía, era un modelo en plena decadencia en toda Europa.

El desarrollo de la ciencia y la tecnología en plena Revolución industrial estaba originando la creación de nuevos espacios para la educación terciaria. Se estudiaba cosas prácticas y útiles en escuelas, institutos y asociaciones no reconocidas como universidades. En términos actuales, aunque suene espantoso, diríamos que las universidades no respondían a las necesidades del mercado.

El siglo XIX fue testigo de una fuerte reacción de las universidades y estas, para no desaparecer, acogieron nuevas especialidades. Así, se crearon carreras en Economía, Ingeniería Civil, Ingeniería de Minas, Ingeniería Mecánica, Química, Física y Matemáticas.

Por ello, el conflicto actual es muy distinto al que describió Kant. En los tiempos de hoy presenciamos una nueva crisis en los sistemas universitarios. El tema de los recursos y la sostenibilidad de las universidades, como ocurrió en otras épocas muy antiguas, ha vuelto a ser un tema crucial, tanto para toda autoridad universitaria como para los profesores que dependen de los presupuestos institucionales. A ello se suman la masificación, la demanda de la población por el acceso de los jóvenes a una formación universitaria y la aparición de las tecnologías de información y comunicación.

Surge entonces la pregunta de fondo: ¿para qué sirve la universidad? Se trata de una cuestión respondida de diversas formas, en distintas épocas y que ahora vuelve a tomar importancia.

La respuesta más popular en las décadas pasadas, la cual se encuentra en miles de estatutos universitarios de todo el mundo, es aquella en la que se afirma que la universidad «forma personas líderes íntegras, investiga, genera conocimiento y realiza acciones de proyección o responsabilidad social». Esta respuesta, propuesta por las propias universidades, no coincide con lo que la sociedad de hoy desea.

Si en el Perú les preguntamos a los postulantes, a los padres de familia y a los futuros contratantes de egresados, estos, al unísono, van a decir que debe ser el espacio para formar profesionales. Asimismo, afirmarán que la licenciatura, los títulos o los grados son herramientas para conseguir un trabajo digno o para el ascenso social.

En esta situación, el Estado en el Perú no percibe a las universidades como aliadas en su labor. Son una carga si no forman a los expertos que el Estado cree que necesita y, por tanto, como sus recursos son escasos, se desentiende de ellas. Trata de gastar lo mínimo, pone todo freno posible al gasto y deja que el sector privado resuelva el problema de formación de profesionales.

La mayoría de universidades privadas, cuya razón de ser última es generar un lucro para sus dueños, depende de los aportes de los alumnos y de sus padres. En

consecuencia, dichas universidades se enfocan en atender los requerimientos del mercado. Es decir, tratan de formar profesionales que puedan conseguir trabajo y que, en reemplazo de un título nobiliario, gocen de un título profesional o de un grado académico.

Es más, siguiendo la lógica de la eficiencia, se trata de reducir cursos que se supone no contribuyen a la formación profesional. Por ello, no es de extrañar que los profesores de las humanidades se vean relegados y que cada vez menos alumnos quieran estudiar una especialidad que no les asegura un ingreso digno como egresado.

En las universidades, la demanda de formación de profesionales especializados en temas específicos y atractivos para el mercado de trabajo es sumamente poderosa. Así, nos encontramos en una situación en la que la expectativa de la sociedad en el Perú es que las universidades sean una suerte de fábricas de profesionales.

El principal conflicto de hoy no es, entonces, la pérdida de importancia de las humanidades, sino que hay una diferencia muy marcada entre lo que las autoridades y los profesores de las universidades públicas y de las privadas no lucrativas quieren que su institución realice, y lo que la sociedad desea de las universidades. Este conflicto influye sobre algunas autoridades y profesores, los cuales, como acto reflejo y dependiendo de su cota de poder, buscan arrinconar a las humanidades por considerarlas poco útiles para los fines inmediatos de sus instituciones.

La respuesta por parte de los profesores de humanidades no puede ser, como ha sido hasta hoy, reactiva o de sorda resistencia. Una lucha de posiciones y un pulseo por mantener ventajas y prerrogativas, me parece que será una lucha perdida. El espejo al cual mirar está en lo que ha ocurrido con las facultades de teología, hoy casi inexistentes en comparación con lo que fueron en el pasado.

La paradoja es que precisamente quienes tienen mejores capacidades para analizar situaciones como la que aquí se expone están en las áreas de las humanidades.

Menudo tema ofrece el conflicto para los filósofos, para los historiadores, para los sociólogos y otros especialistas de las humanidades. ¿Cómo es posible que la sociedad no se dé cuenta de que no tiene sentido formar personas con anteojeras? Se necesita que los profesionales puedan tener una visión amplia de la sociedad. Hoy en día, para tener éxito en la vida profesional, es preciso saber comunicarse, trabajar en equipo, tener una vocación por entender a los demás y llegar a acuerdos beneficiosos para todos. A los estudiantes les conviene y necesitan tener una vida con sentido y con valor para ellos mismos, para sus familias y para la sociedad.

Hans Wissema, autor del libro *Universidades de tercera generación*, ha estudiado la evolución de las universidades de corte occidental a lo largo del tiempo y propone que estamos en una nueva era. Según el autor, se trataría de una era en la que las universidades son centros fundamentales para la creación de conocimiento y que, por ello, pueden generar beneficios que permitan su subsistencia, su desarrollo y su independencia.

Esta nueva generación de universidades precisa de la participación y colaboración de las humanidades. Se necesita conectar a personas provenientes de diversas disciplinas que propongan y desarrollen soluciones beneficiosas para la sociedad. Personas que entiendan el funcionamiento de los sistemas, que sean capaces de comprender el todo, sus partes y sus relaciones. Para ello no bastan los conocimientos de una sola disciplina, sino que es necesaria la participación de múltiples saberes.

En esta situación, la innovación y el emprendimiento —dos temas nuevos que se han introducido en el mundo universitario y que causan escozor entre profesores de las humanidades— pueden venir al rescate de las humanidades.

Innovar es crear valor; valor en su sentido más amplio, no solo en el sentido monetario. Para innovar es muy conveniente entender los sistemas, el entorno, los subsistemas, el pasado, el presente y pensar en el futuro. Para innovar se recomienda trabajar de manera interdisciplinaria y saber enfocarse en los temas centrales. Se trata de descubrir la causa raíz de las necesidades y proponer cómo atenderlas. La necesidad más importante de la sociedad peruana es mejorar el nivel de desarrollo humano de toda la población y esa necesidad no se cubre con especialistas encerrados en sus particulares saberes. Para ello, la formación en las humanidades es vital y central. Mal se hace en considerarlas tema del pasado o de personas marginales al desarrollo del mundo.

Pero no podemos quedarnos en loas y alabanzas dirigidas a las humanidades. Al reflexionar sobre por qué se trata de reducir su presencia en los planes de estudio de las carreras profesionalizantes, no puedo menos que recordar mis épocas de estudiante en la PUCP, épocas en las que me matriculé siempre con gusto en los cursos de humanidades. Este gusto no era compartido por la mayoría de mis compañeros, quienes no tenían mucho interés por lo que consideraban una distracción innecesaria y una pérdida de tiempo para el cumplimiento de sus objetivos, los cuales pasaban por aprobar los cursos más difíciles de su carrera. Luego, como profesor, en ocasiones he visto que se envía profesores a las Facultades de Estudios Generales Ciencias y de Ciencias e Ingeniería como un castigo o como una forma de dar carga a profesores que no se quiere que enseñen en sus unidades de origen. El desafecto de los alumnos de la Facultad de Ciencias e Ingeniería en relación con los cursos de humanidades no ha variado mucho desde mis épocas de estudiante hasta el presente y con esto se realimenta la separación entre especialidades.

Cuando se encuentran situaciones conflictivas, para innovar se busca salir del marco de lo establecido y aceptado por el común de las personas y por ello surgen las siguientes preguntas:

- ¿La formación en humanidades tiene que darse a través de cursos regulares?
- ¿Se han hecho esfuerzos para que la formación en humanidades se realice de otras formas?
- ¿No pueden usarse los cursos técnicos ya existentes para introducir los temas importantes relacionados con la formación en humanidades? ¿Un curso no podría ser dictado al alimón con profesores de áreas científicas y tecnológicas y profesores de humanidades?
- ¿No pueden incorporarse a los planes de estudios actividades y trabajos grupales en los que concurran alumnos de humanidades y de otras disciplinas y en las que participen los profesores de humanidades?

En la disputa por mantener la existencia de cursos en los planes de estudio, se considera que los cursos son un tema clave y fundamental para la enseñanza y se olvida es que lo importante es el aprendizaje. Una hora en la que el profesor monologa y en la que no se despierta el interés de los alumnos, ni se facilita su participación, es una hora que pronto será olvidada por el alumno.

Unos pocos libros bien leídos y sobre los que se haya conversado con un especialista, ¿no son más provechosos que 42 horas en el semestre en las que el profesor se ha dedicado a dar las mal llamadas clases magistrales?

Los tiempos de crisis pueden ser bien aprovechados si los afectados los utilizan para reflexionar y para buscar soluciones. Bienvenida la crisis si su solución beneficia a las personas. Este debe ser un inicio para seguir explorando y probando cómo formar en las humanidades a los estudiantes de las carreras universitarias.

Termino llamando la atención sobre el fulgurante desarrollo de las tecnologías de información y comunicación, las cuales brindan una importante cantidad de herramientas para conseguir el interés y el aprendizaje del alumno. ¿Por qué no enfocarnos en cómo utilizarlas?

En la búsqueda de soluciones, no podemos dejarles el trabajo a los profesores de humanidades. Se trata de un tema que nos compete, nos afecta a todos y me hace recordar al famoso poema de Brecht: «Ahora vienen por mí, pero es demasiado tarde». En la propia ingeniería, una pesadilla recurrente que tengo es la siguiente: ¿Y qué haremos cuando toda una serie de aparatejos tecnológicos con inteligencia artificial, con rostros humanos, con uso de la realidad virtual y con capacidad de caracterizar y clasificar a cada alumno mejor de lo que nosotros podemos hacerlo, nos reemplacen?